

V

El escribano Douglas

Mario había vuelto á su antigua ocupación, en las oficinas del señor Martelly, y experimentaba una especie de paz en el trabajo.

Tenía el espíritu más libre, en el silencio y la tranquilidad del despacho. Pensaba que tenía cuatro meses para salvar á Felipe, y reflexionaba días enteros en los medios que debía emplear para ello.

Martelly lo trataba siempre como á un hijo. A veces pensaba el joven decírselo todo y pedirle los 15,000 francos.

Luego temía, le embargaba la timidez; temía la autoridad republicana de su patrón. Resolvió luchar aún, agotar todos los medios posibles antes de dirigirse á él. Más tarde, después de llamar inútilmente á todas las puertas, se resolvería á confiarle sus apuros ó implorar su benevolencia.

Mientras tanto decidió que no obraría como un joven sencillo y que no daría un solo paso inútil. Pensó en ganar él mismo la cantidad necesaria. Espantábase considerando la cifra de 15,000 francos y veía la imposibilidad de hacer semejante ahorro en cuatro meses. No le faltaba por eso el valor que remueve las montañas.

Recordó que el escribano Douglas, cuyo apoyo había en vano solicitado el señor Martelly en favor de Felipe, le

ofreció desde algunos meses emplazarle como procurador. El escribano y el armador estaban unidos por cuestiones de interés, y muchas veces Martelly enviaba á Mario al despacho de Douglas para arreglar ciertas cuentas. Un día, en que iba con el mismo objeto, el joven se decidió á aceptar sus ofrecimientos: si los beneficios eran mezquinos, tal vez pudiera ensayar si lograba un préstamo, una vez conocido.

El escribano vivía en una casa de apariencia sencilla y austera.

Ocupaban los despachos todo el primer piso; allí había multitud de empleados, en vastas habitaciones, grandes y desnudas, colocados á lo largo de mesas de pino pintadas de negro. No había penetrado el lujo en aquel despacho, donde dominaba una extraordinaria actividad y una suerte de ruda urbanidad. Comprendíase que allí no moraba un hombre sumergido en los goces de la existencia.

Hacía diez años, Douglas era el sucesor de un tal Imbert, cuyo dependiente había sido más de doce años. Era entonces un joven inteligente y activo, el cual era aficionadísimo á los negocios, soñando especulaciones coloradas, la calentura de la industria, que sacudía la Francia entera, quemábale la sangre, dándole una extraña ambición: hubiese querido ganar mucho dinero, no para vivir en la riqueza, sino porque gozaba extremadamente en desenvolver cuestiones de interés y dar crédito, feliz á las empresas.

Desde los primeros días, encontrábase molesto en su cargo de escribano. Había nacido banquero. El notariado, con sus operaciones tranquilas, su carácter casi paterno y sagrado, era incompatible con su carácter de especulador. Sus instintos le impulsan á hacer producir al dinero que en su despacho depositaban. No pudo conformarse con el papel de intermediario, y calenturiento, lanzóse en los negocios, que más tarde le arrastraron á delinquir.

En pocos meses pagó su cargo, sin que se pudiera saber á punto fijo de dónde había sacado el dinero necesario.

Despierta una febril actividad. En poco tiempo, adquirió su despacho una considerable extensión. Colocóse á la cabeza del notariado de Marsella, abriendo sus puertas de

par en par y formándose una clientela, que cada día iba aumentando. Muy sencillo era su procedimiento: nunca despedía á un cliente, á todos respondía: siempre encontraba dinero para los que deseaban tomar un préstamo y siempre tenía manera de emplear ventajosamente los valores que á él se confiaban. Así establecióse un importante giro de fondos en su despacho.

En un principio algunos se asombraron algún tanto de los rápidos éxitos de Douglas, pero éste calmó los temores del público por la sencillez de su vida. Vestía con modestia, no tenía lujo, no entregábase á placeres. Era sóbrio, alimentábase frugalmente y era muy devoto, daba muchas limosnas, frecuentaba la iglesia y permanecía de rodillas durante la celebración de la misa.

Así adquirió una reputación de hombre honrado, que consolidábase más y más de día en día. Acabó por ser citado como modelo de honor, de santidad, fué respetado y amado.

En seis años llegó á este resultado.

A todas horas, le encontraban en su gabinete, frío y pobremente amueblado. En la antecámara, siempre había algún sacerdote, alguna religiosa.

Mario, que le estimaba mucho, después de haberle hablado del negocio por el cual Martelly le había enviado, le dijo con alguna vacilación:

—Quédame, señor, que molestaros para hablaros de una cuestión personal mía... Temo ser importuno...

—¡Cómo, querido amigo!—respondió el escribano.—Estoy á vuestra disposición... ya os he ofrecido apoyo...

—Recuerdo vuestros cortesos ofrecimientos, y quisiera ahora aceptarlos.

—Ya os he dicho que en mi casa podríais ganar algún dinero. Tendría mucha satisfacción en poner á prueba vuestra buena voluntad, vuestro valor, en favoreceros. Repito hoy lo que ya os he dicho.

—Os lo agradezco muchísimo.

—Sentáos y hablaremos. He aquí de qué se trata. Como mis clientes no residen todos en Marsella, he debido buscar un medio para facilitar las transacciones. Tengo bajo mis órdenes á varios procuradores, los cuales representan á las personas ausentes, y que son gerentes de sus haciendas.

cuando uno de mis clientes, por cualquier causa, no puede ocuparse de sus negocios, me deja unos poderes en blanco, confiándome el cuidado de encontrar á una persona honrada y leal, que cumpla su mandato.

Yo sé que sois activo y honrado, y os ofrezco representar á dos ó tres propietarios, cuyos poderes tengo. Con poner vuestro nombre es cosa hecha, y cobraréis el 50 por 100 sobre todas las transacciones que efectuéis.

Asustóse Mario por la responsabilidad de tal encargo, pero como tenía perfecta rectitud, no vaciló en aceptar.

—Estoy á vuestras órdenes,—dijo.—Vos me guiaréis, me aconsejaréis. Sé que nada he de temer obedeciéndoos. Levantóse el escribano.

—Para no cargaros demasiado,—dijo,—desde un principio, os confiaré por ahora los poderes de dos clientes solamente. Pondremos vuestro nombre en seguida.

Sacó un legajo, volvió á sentarse, y leyó los poderes después de intercalado el nombre de Mario.

Estos poderes conferían derechos ilimitados al mandatario; de vender y de comprar, de hipotecar y de pleitear ante los tribunales.

Terminada la lectura de las dos piezas, el escribano añadió:

—Ahora es preciso que os dé algunos informes acerca de las personas que vais á representar.

Mostró á Mario los poderes de uno de sus clientes.

—He aquí,—continuó,—los poderes del señor Autleciér, de Lambesc. En este momento está en Cherbourg y marchará próximamente para New-York, donde recogerá una considerable herencia... Compró en Marsella, antes de su partida, un inmueble en la calle de Roma. La administraréis durante su ausencia. Además, mañana tiene que enviarme sus instrucciones, que os remitiré.

Luego cogió los otros papeles, y continuando:

—Estos son los poderes del señor Moutel, antiguo comerciante de Tolón, que me ha confiado unos fondos, encargándome tomar hipotecas sobre una casa de campo en el barrio de San Justo. Moutel acaba de enviarme otros fondos, que desea colocar; como la gota lo tiene clavado en su sillón, me ha rogado le encuentre un procurador, el cual pueda firmar en su lugar... Volved mañana, y nos entenderemos definitivamente acerca de los negocios.

Douglas se levantó para despedir á Mario. En el umbral se estrechó la mano con cordialidad. El joven se retiró un poco aturdido por la rapidez de los hechos que acababan de pasar. Sorprendíase de la facilidad con que el escribano le había encargado tales intereses. No se sentía tranquilo bajo tamaña responsabilidad.

VI

**En el cual Mario busca inútilmente una casa
y un hombre**

Al día siguiente, Mario fué al despacho del señor Douglas, para recibir las últimas instrucciones.

—Vamos, sois puntual,—dijo el escribano sonriendo.—Ya veréis qué buenos negocios haremos. Os quiero enriquecer. Sentaos: esperad un momento.

Douglas se desayunaba en un rincón del escritorio. Comía pan y nueces y bebía agua. Esta frugalidad conmovió á Mario y dispó su malestar de la víspera. Un hombre tan parco no podía mezclarle en negocios sucios; era por cierto un corazón recto, un alma leal, un espíritu piadoso y sincero, que se había conagrado á su tarea como un sacerdote se consagra á Dios.

Cuando el escribano hubo concluído sus nueces, dijo: —Hablemos ahora. He recibido una carta del señor Authier. Quiero hipotecar sus inmuebles, pues necesita dinero para su viaje. He aquí la carta.

Mario tomó el papel, y como buscaba maquinalmente los sellos del correo, el escribano observó:

—Esta carta me fué dirigida en un sobre grande, que contenía varias piezas.

El joven se ruborizó, temiendo haberle ofendido. Entendióse de la carta en la cual, efectivamente, pedía el señor

Authier que hiciese un préstamo sobre la casa de la calle de Roma. Rogaba á Douglas hiciera uso de los poderes y le enviase el dinero lo más pronto posible. Cuando Mario hubo concluido su lectura:

—A tiempo llega la petición,—dijo el escribano,—pues el señor Moullet solicita encontrarle un modo seguro y ventajoso de colocar sus fondos. Como sois el procurador de ambos clientes, podéis satisfacerlos desde luego. Trátase sencillamente de darme vuestra firma, y enviaré al señor Authier los fondos que el señor Moullet me ha hecho remitir.

Mario advirtió que Douglas iba muy aprisa. Hubiese querido ver el inmueble, cambiar á lo menos una carta con las personas que debía representar. No dudaba de la buena fe del escribano, pero experimentaba un vago temor. Volvía á acometerle el malestar de la víspera.

Preparaba el escribano los papeles en los que Mario debía poner su firma. Detúvose de pronto, exclamando:

—¡Diablol nos falta una pieza. Enviaré á un dependiente para que la busque en la oficina de las hipotecas.

Douglas parecía disgustado. Mario, cediendo al involuntario temor que de él se había enseñoreado se levantó:

—No puedo aguardar,—dijo:—ya debería estar en mi despacho. Aplazaremos, si os agrada, la firma para el lunes, pasado mañana.

—Como queráis,—dijo el escribano vacilando.—Hubiese preferido que terminásemos el negocio hoy mismo. Habéis visto la prisa que tiene el señor Authier... En fin, venid pasado mañana.

Ya en la calle, Mario respiró. Sin embargo, tenía vergüenza de sentir tan infundados temores, y se encogía de hombros como un niño, que se espanta de su propia sombra.

En la tarde del mismo día, recibió, estando en el despacho, una visita, que le agradó: era el señor de Grousse.

—Querido amigo,—dijo al empleado,—os envidio la necesidad en que os encontráis de trabajar para vivir; no podéis figuraros cuanto me fastidio yo no haciendo nada... casi diría que preferiría estar encerrado en lugar de vuestro hermano. La causa de Felipe me ayudó á vivir durante

un mes. Nunca he asistido á tan extraño espectáculo de la necesidad y la miseria humana. Ganas tuve de levantarme y decir todo lo que pensaba al tribunal. Me habrían sin duda tratado de loco... ya es imposible vivir en Lambesc.

Mario, desde el instante en que llegó el señor Grousse, pensaba en pedirle informes acerca el señor Authier, pues, según dijo Douglas, moraba en la misma pequeña ciudad donde vivía Grousse. Observó con fingida indiferencia:

—Sin embargo, en Lambesc hay gente rica: pudierais frecuentar esas personas y aburriros menos. ¿Conocéis al señor Authier, propietario, que es, según creo, vuestro vecino?

—Authier... Authier... no recuerdo á nadie que se llame así en Lambesc. ¿Decís que es propietario?

—Sí... acaba de comprar una casa en Marsella. Tiene una gran propiedad próxima á vuestro castillo.

—Os equivocáis. Yo no conozco al señor Authier, y estoy seguro de que ningún propietario de Lambesc lleva ese nombre.

—Entendámonos. Trátase de un tal Authier, que acaba de heredar; se encuentra ahora en Cherbourg, y partirá para New-York, donde murió el pariente, que le legó toda su hacienda.

El conde soltó una carcajada.

—¿Qué historia me estáis contando?—dijo.—Si tal cosa sucediera en Lambesc, si un vecino mío heredase de un tío de América, ¿os figuráis que yo lo ignoraría? Os repito que en Lambesc nunca hubo ningún señor Authier, y que nadie cobró la novelesca herencia de que me estáis hablando.

Mario quedó anonadado. Era cierto que Douglas había mentido.

—¿Y qué os importa el fantástico señor Authier?—preguntó Grousse.

—Nada; un amigo me habló de tal propietario y tal vez haya oído mal el nombre de la ciudad.

Grousse se despidió invitándolo á inaugurar la caza en su compañía.

El día siguiente, domingo, Mario estaba libre. Por la mañana, fué á la calle de Roma para buscar el inmueble

comprado por Authier. Consistía en una casa muy grande y hermosa, alquilada á varios inquilinos.

Provisto de sus poderes de procurador, Mario interrogó hábilmente á cada uno de ellos, y no tardó en adquirir la cereza de que ninguno conocía al señor Authier ni lo había visto siquiera, y que todos, hasta entonces, habían tratado directamente con el escribano Douglas.

Confirmábanse las sospechas del joven, que quiso tentar una última prueba. Fué á ver al antiguo propietario de la casa, cuyas señas le dió un inquilino.

Llamábase Landrot y vivía en una calle próxima.

—Señor,—le dijo Mario,—estoy encargado por el señor Authier de administrar la casa que le habéis vendido y os ruego me facilitéis algunos informes acerca de los anteriores alquileres.

De buena gana lo satisfizo Landrot. Mario usaba prudencia. Hablando de otras cosas, llegó al verdadero objeto de su visita.

—Os ruego me dispenséis,—dijo,—pues temo haber abusado ya de vuestra paciencia. Mi excusa consiste en que, estando ausente el señor Authier, no he podido verle... Pensé que, como habéis tratado con él directamente, podríais darme noticias acerca de su persona y hacerme conocer sus intenciones.

—Pero no he tratado con él. Nunca he visto á tal caballero,—respondió Landrot.—Todo fué hecho por el señor Douglas, que ha dado las firmas necesarias.

—Yo creía que el señor Authier hubiese visitado el inmueble, como es costumbre.

—Nada de eso. ¿Ignoráis tal vez que hace seis meses está en América? El escribano visitó el inmueble y lo adquirió con el nombre de su cliente, cuyas instrucciones había recibido.

Mario se mordió los labios, pues casi se le escapó su terrible secreto. Por cierto el tal Authier tampoco estaba en América y era un personaje puramente imaginario. Evidentemente todo era mentira, y los poderes, que él tenía, constituían una falsedad, penable con trabajos forzados. Ruborizóse como si él fuera el falsario, y dió las gracias al señor Landrot, el cual le miraba con curiosidad, sorprendido de que fuera tan mal informado acerca de la persona que representaba.

Sospechó Mario que también el señor Moullet fuera otro personaje fantástico. Interrogó á un amigo, que había morado mucho tiempo en Tolón, y supo que existía realmente. Quiso ver entonces la propiedad sobre la cual Moullet poseía hipotecas.

Criado en el barrio de San Justo, Mario conocía todas las fincas de aquella parte del litoral. La propiedad citada por Douglas pertenecía á un tal Giraud, en cuya casa Mario iba á jugar siendo niño. Allí se fué, como un amigo que iba á estrechar la mano del dueño.

Giraud le recibió como al hijo pródigo y le dijo:

—Ya no es posible veros: ¿por qué no venís aquí á consolaros de vez en cuando de vuestros pesares? Aquí tenéis un amigo de veras. Ya veis: aquí vivimos felices. No somos ricos, pero esta propiedad nos proporciona cuanto necesitamos para vivir.

—Yo,—dijo Mario, satisfecho viendo que su interlocutor le abría el camino,—os creía en apuros. Las cosechas fueron malas.

Giraud lo miró asombrado.

—¿En apuros?—dijo,—no tal... ¿Por qué me decís eso?

—Dispensad: temo pareceros indiscreto,—respondió Mario confuso;—me han asegurado que, á consecuencia de las últimas malas cosechas, os habíais visto precisado á hipotecar esta finca.

Giraud echóse á reír alegremente, y contestó:

—Decid á esos sabihondos que se han equivocado: la finca no está grabada con hipoteca alguna.

Mario quiso insistir.

—Citaron al escribano Douglas, que debía haber tomado tales hipotecas.

Giraud seguía riéndose más y más.

—El señor Douglas,—dijo,—es persona merecedora de todo respeto, pero si hipotecó alguna finca, no fué ciertamente la mía.

La víspera, Mario había visto el acta en la cual se indicaba claramente la propiedad del señor Giraud, y en ella estaba también la firma del propietario. El escribano pues había cometido otra falsedad, y esta no se podía explicar tan fácilmente. Evidentemente había puesto en su bolsillo el dinero de Moullet, destinado al que necesitaba el préstamo.

Retiróse Mario, queriendo reflexionar antes de denunciarlo todo. Authier no existía, y la casa sobre la cual Moullet tenía hipotecas tampoco, puesto que Giraud declaraba que no era la suya. En todo ello había abismos á los que el joven bajaba estremeciéndose.

El lunes por la mañana, después de una noche calenturienta, decidióse á ir á casa del escribano,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

VII

En que se ve que el hábito no hace al monje

Mario, entrando en el despacho de Douglas, se sorprendió contemplando la calma religiosa de aquellas grandes habitaciones frías, donde sabía que habitaba el delito. No podía acostumbrarse á tanta hipocresía; hubiese querido que las paredes gritasen la infamia del escribano. La silenciosa actividad de los dependientes, la honrada apariencia de la casa le exasperaban y le sumergían en penosas dudas.

Pálido, emocionado, había tomado asiento en la antecámara, cuando Douglas notó su presencia desde la puerta del gabinete que estaba abierta.

—Entrad, entrad,—le gritó;—no me molestáis para nada... Estoy á vuestra disposición dentro de un momento.

Mario entró. En el despacho particular estaban cinco ó seis sacerdotes, entre ellos el padre Donadei, el cual, acababa de solicitar limosnas del escribano.

—Sois uno de nuestros amigos,—le decía;—y á vos nos dirigimos siempre que las cajas de los pobres están vacías en nuestras parroquias.

—Y hacéis muy bien,—respondió Douglas levantándose, Tomó algunas monedas de oro de un cajón.

—¿Cuánto necesitáis?—preguntó al sacerdote.

—Creo que nos bastarán quinientos francos... Gran ne-

cesidad tenemos del socorro de las personas piadosas y honradas...

Douglas le interrumpió y dijo:

—Aquí tenéis quinientos francos.

Y añadió con voz temblorosa:

—Padre mío, rogad por mí.

Entonces se levantaron los curas, rodeando al escribano, dándole las gracias, llamando sobre su cabeza las bendiciones del cielo. Douglas, de pie, recibía sus votos, pálido, desenchajado, y Mario creyó notar en sus labios y en sus párpados, un breve temblor nervioso. Donadei era inagotable en sus elogios y protestas.

—Dios os pagará lo que nos dáis,—decía.—Ya os lo paga haciendo prosperar vuestra casa y otorgándoos la paz de los justos... ¡Ah, señor! sois un luminoso ejemplo en esta ciudad corrompida por el materialismo moderno. Bueno sería que os imitasen nuestros comerciantes en la sencillez de vuestra vida, en vuestra piedad y en vuestra bondad. No tendríamos que presenciar el horrible espectáculo que presenta la sociedad de Marsella.

Douglas parecía impacientarse por los elogios del sacerdote. Volvió á interrumpirle y le dijo, empujándole hacia la puerta:

—No, no; no soy ningún santo... Todos necesitamos de la misericordia de Dios. Si creéis deberme algún agradecimiento, rogad por mí.

Le saludaron los curas, hicieron una última cortesía, y, por fin, se retiraron.

Mario, en un rincón, había asistido á esta escena silenciosamente. Enojábase por la comedia que allí se representaba. Tal vez Douglas figurábase comprar el perdón del cielo y pagarlo con el dinero robado. Así, aquel santo varón que socorría á los desgraciados, aquel cristiano devoto frecuentador de iglesias, no era otra cosa que un hipócrita ladrón.

Cuando estuvieron solos, adelantóse el escribano á su encuentro, sonriente, alargándole la mano. Mario retrocedió, mirándole con fijeza. Luego dijo:

—Cerrad esa puerta.

Asombrado Douglas y como dominado, fué á cerrarla.

—Corred el cerrojo,—prosiguió Mario.—Tenemos que hablar los dos.

Así lo hizo el escribano y volvió con expresión asombrada y descontenta.

—¿Qué pasa, querido amigo?—preguntó.—Por lo demás, razón tenéis, más vale estar solos para hablar de negocios... ¡Bueno! ¿estáis preparado? Tengo el papel que nos hacía falta, y con vuestra firma es bastante para hacer la hipoteca sobre la casa de Authier, en nombre de Moullet. Sabéis que la cosa va deprisa; recibí otra carta esta mañana de mi cliente, el cual, me suplica le envíe el dinero á la mayor brevedad.

Douglas preparó los papeles y mojando una pluma en la tinta, se la presentó á Mario, diciéndole:

—Firmad.

Mario, sin tomar la pluma, dijo tranquilamente:

—Ayer visité el inmueble de la calle de Roma. He hablado con los inquilinos y el antiguo propietario, los cuales, me dijeron que no conocían al señor Authier.

Palideció el escribano, dejó la pluma y se sentó balbuceando:

—Me sorprende mucho.

—Anteayer,—prosiguió Mario,—recibí la visita del señor Girousse, rico propietario de Lambesc, y me afirmó que ninguno entre sus vecinos se llamaba Authier, y que no existía tal persona... Hoy estoy seguro de que no se engañaba... ¿Qué he de creer?

Callaba Douglas, buscando en su imaginación el modo de salir de aquel mal paso. Mario prosiguió:

—Luego fuí al barrio de San Justo. La casa que me indicasteis estar gravada con una hipoteca, á nombre de vuestro cliente Moullet, es propiedad de un antiguo amigo de mi madre, del señor Giraud, el cual, me afirmó que sus bienes no tenían gravamen alguno. Vuelvo á preguntar: ¿qué he de creer?

El escribano callaba siempre. Entonces, Mario, dijo con enojo:

—¡Bueno! ya que no respondéis, os diré lo que creo y lo que es realmente... Nunca ha existido el señor Authier: es un fantasma que habéis creado para hacer con mayor comodidad algún tráfico vergonzoso. Por otra parte, no habéis tomado hipoteca, no hay tales carneros, y en vuestro bolsillo habéis colocado el dinero de Moullet. Para llegar á

tan bello resultado, habéis cometido varias falsedades, y hoy os preparáis á cometer otras, para proporcionaros más fondos.

Parecía que Mario hablara á una estatua. La calma de Douglas aumentó su cólera.

—Yo no tengo que juzgar vuestros delitos,—continuó en voz más alta;—pero os pido cuenta de vuestra indigna conducta para conmigo. ¡Cómo! queríais mezclarme en vuestros sucios negocios; ibais á comprometerme, aparentando querer ayudarme. Tengo, pues, el derecho de deciros que sois un canalla.

Y Douglas, impasible, como si tal cosa.

—Ahora mismo,—continuó Mario;—estaban aquí unos sacerdotes que os llenaban de bendiciones... ¡Ah! habéis representado vuestro papel con ciencia perfecta. Yo sólo, en Marsella, sé lo que sois, y si en alta voz relatara vuestra hazaña, tal vez me apedrearían, tan hábilmente habéis engañado al público. ¿Cómo es posible creer que el escribano Douglas, varón por todos estimado, hombre frugal y religioso, trabaje vergonzosamente en la sombra para arruinar á su numerosa clientela?... Yo mismo dudaría, si pudiera dudar, viéndoos tan tranquilo, con esa actitud de fraile cartujo. ¡Hablad, defendéos, si podéis!

Douglas había cogido un corta-papel, lo revolvía entre sus dedos, como indiferente á lo que decía Mario.

Por fin habló.

—¿Qué queréis que os diga? Me juzgáis como niño que sois. Yo os dejo gritar. Tal vez luego me escucharéis con calma,

VIII

Las especulaciones del escribano Douglas

Mario viendo el cinismo de Douglas, se rebeló é iba á abrir la boca para decirle que le juzgaba un hombre honrado. Aquel falsario encontraba pueril su acusación, y tomaba actitudes de hombre superior, que los necios no entienden.

El joven iba á levantar de nuevo la voz, pero el escribano le interrumpió con ademán impaciente.

—Si habláis siempre,—dijo;—siempre tendréis razón. Os he dejado insultarme á vuestro sabor. Ahora, dejad que me defienda tranquilamente... Hubiese preferido que no conocieráis mi sistema, pero, ya que habéis descubierto una parte de la verdad, vale más que os lo diga todo. Sois inteligente, por lo tanto, me comprenderéis mejor que otro cualquiera... Además, estoy cansado, no he salido bien en la aplicación de mi teoría, y sé que para mí no hay salvación. Por eso voy á revelároslo absolutamente todo. Veréis que mi objeto no fué la ruina de nadie, y que obraba de buena fe ofreciéndoois amistosamente ganar dinero. En fin, juzgaréis, y espero que luego me consideraréis únicamente como lo que soy: un especulador desgraciado... Escuchad.

Mario creía soñar. Miraba á Douglas, como se miraría á un loco que discurriera rectamente. El tono pacífico de aquel hombre, su falta de remordimiento y sus adema-

nes, le daban gran parecido á un inventor sincero, que explicase tristemente, pero sin rubor, el por qué su invento no tuvo éxito.

—No entremos en pormenores,—continuó,—dejemos á un lado los asuntos Authier y Moullet, que tienen poca importancia. Lo que se ha de ver y juzgar, es el conjunto de la vasta y complicada combinación que yo había llegado á establecer... Os asombra mi complacencia. Os repito que estoy perdido: puedo hablar sin compromisos. Hasta encuentro cierta satisfacción explicándoos mi invento. Prestadme atención: Como escribano, no soy un criminal, pero soy un especulador. Cuando he sucedido á mi antiguo principal, el despacho tenía escasa clientela, y mis esfuerzos se dirigieron á transformarlo en agencia de negocios. Tuve que satisfacer á todas las demandas, prestar al que necesitaba dinero, tomarlo del que lo quería colocar, vender al que quería comprar, y comprar al que quería vender. He imitado á los cazadores, los cuales, se roñean de pájaros enjaulados para llamar á los pájaros libres; he creado unos cuarenta personajes imaginarios, bajo cuyos nombres, he podido hacer transacciones de todas clases. Authier es uno de ellos, lo confieso. Así he podido comprar muchos inmuebles, que pagué con dinero tomado á préstamo por adquirentes ficticios, é hipotecando aquellos inmuebles... he formado una suerte de capital, un giro de fondos, una numerosa clientela, que sirvió de base á mi crédito.

Calló un rato, luego prosiguió:

—Debéis saberlo, especulando con dinero, á veces uno se encuentra con terribles exigencias. A la fuerza debía detenerme desde mis primeras especulaciones sí, estando gravados mis inmuebles, no hubiese podido proporcionarme de cualquier manera los fondos necesarios para otras operaciones que proyectaba. Empleé el medio, que me pareció más sencillo y cómodo. Absorbido el valor de los inmuebles por las hipotecas, devolvía los bienes libres con carta de pago falsa, y luego los ofrecía como garantía para nuevos préstamos.

—¡Pero lo que me decís es infame!—exclamó Mario.

—Os he rogado que no me interrumpáis,—dijo Douglas secamente.—Pronto me defenderé; ahora refiero hechos... Tuve que ampliar mi sistema; ya no bastaban los cuaren-

ta personajes ficticios. Acudí á otro medio extremo, cuya audacia salió á las mil maravillas. Hice contraer préstamos á propietarios, á comerciantes conocidos, cuyos bienes gravé y cuya firma falsifiqué: á raíz de cada nueva hipoteca, operaba una irradiación, por medio de una carta de pago falsa, lo que me amparaba contra toda zozobra... ¿Comprendéis? es muy sencillo.

—Sí, sí, comprendo,—murmuró Mario, el cual acababa por creer que el escribano estuviese loco.

—Además,—continuó Douglas,—yo amontoné dinero de cualquier modo siempre que fué preciso. Quería ir recto á mi objeto sin preocuparme los obstáculos, aceptando todas las consecuencias de mi teoría... Así he creado á veces el deudor y el inmueble; tomé hipotecas sobre propiedades que no existían ó que no pertenecían á los pretendidos personajes que habían tomado el dinero á préstamo... otras veces, por urgentes necesidades, he creado, bajo los nombres de los principales comerciantes de Marsella, letras, que emití con pérdida, después de haberlas endosado yo mismo... Ya véis que nada os oculto, que estoy acusándome á mí mismo. Falta ahora justificarme.

Mario estaba espantado. Creía sufrir una pesadilla escuchando aquella extraña confesión.

—Así,—dijo Douglas,—me habéis comprendido. En principio, he querido ser banquero, hacer valer los fondos, que pasaban por mis manos. Por mi propia cuenta he comprado inmuebles que pensé revender con beneficio. Mi teoría de nombres supuestos, satisfacía todas las exigencias; con tales nombres, nunca rechacé las demandas de los que á mí se dirigían: he sido, según se ofrecía la ocasión prestamista, busqué préstamos, compré, vendí. Cuando los fondos que me proporcionaba mi crédito personal, ó el que había logrado dar á nombres imaginarios, no me han bastado, me proporcioné otros gravando con préstamos fingidos cualquier persona que se ofreciera, pariente, amigo ó cliente, con la reserva de liberar más tarde los bienes de esa persona del mismo modo que los había hipotecado, ignorando ella ambas operaciones. En una palabra, mi despacho ha llegado á ser una casa de banca.

—¡Casa de robos!—gritó Mario,—¡fábrica de falsificaciones!

Douglas se encogió de hombros.

—Deberíais haberme comprendido,—dijo,—y ver que nunca traté de perjudicar á uno solo de mis clientes... Espero que no tardaréis en juzgar con justicia. Réstame sólo hablaros de mi más ingenioso invento. Para administrar los inmuebles adquiridos y hacer valer las cantidades tomadas á préstamo, imaginé establecer procuradores, que habitualmente representarían á mis cuarenta personajes imaginarios; y elegí á jóvenes honrados, de los cuales, hice cómplices inconscientes. Tenía fe en mi sistema, habría sin duda enriquecido á los que me ayudaban, si funestas circunstancias no me hubiesen impedido lograr mi objeto. Ofreciéndolos representar al señor Authier, quería únicamente ayudarlos y hacerlos participar en las ganancias de una especulación que creía excelente.

—Os escuché con paciencia,—dijo Mario estremeciéndose de cólera.—Las canalladas que acabáis de contarme, me prueban que sois un imbécil ó un bellaco.

—¡No!—gritó el notario, dando un golpe sobre el escritorio con el puño cerrado. No me habéis comprendido: soy un banquero. El ladrón se apodera de lo ajeno y huye: hace seis años que aplico mi sistema, y soy más pobre que el primer día; mis operaciones no han salido bien; hasta he perdido algunos miles de francos que me pertenecían. He comido pan y bebido agua; he llevado una vida de trabajador; vida de privaciones. Mi único lujo ha sido hacer limosnas. ¡Original ladrón, que vive como un anacoreta y maneja enormes cantidades sin valerse de un cuarto! Lo que os choca y os irrita, es mi sistema. Fracaso, y seré un gran criminal; si hubiese tenido éxito feliz, me habría hecho rico sin perjudicar á nadie.

Asombróse Mario al oír al escribano hablar de las falsificaciones que había cometido. Indudablemente debía estar trastornada su inteligencia y Mario casi le tenía lástima.

Después de haber seguido desarrollando lo que él había su sistema, Douglas dijo con abatimiento:

—Todo se acabó. Iréis á denunciarme á la justicia... Más vale así, ya no puedo sostenerme más. Razón tenéis; soy un pillo y debo ser castigado.

Mario no se movió: no sabía qué hacer. Detenale el temor de ser mezclado en aquel feo asunto, de ser llamado

como testigo y perder un tiempo precioso; debía consagrarse á la difícil empresa de salvar á su hermano.

Se levantó y rompió los poderes en los que constaba su nombre, y luego dijo:

—Mi opinión es la misma; pero yo no necesito ayudar á la justicia.

Y salió.

Al día siguiente, Douglas desapareció. En Marsella cundió un verdadero pánico. Muchas haciendas estaban comprometidas, y era imposible medir la extensión del desastre.

Aquella fué una calamidad pública, y al espanto de los interesados mezclábase el estupor de la gente honrada.

Douglas fué alcanzado y juzgado en Aix, en medio de una irritación terrible. Aceptó su papel friamente, y explicó lo que los jueces no lograban desembrollar. El tribunal tenía que juzgar novecientos actos de todo género de falsificaciones. Tantas eran las víctimas, que era imposible llevar la luz á aquellas tinieblas, sin la ayuda del mismo Douglas.

Rechazó siempre enérgicamente la acusación de robo; repitió que era un especulador desgraciado, que si la justicia y las circunstancias lo hubiesen permitido, habría restaurado sus negocios y los de sus clientes. Pareció acusar al tribunal de atarle las manos é impedirle remediar el perjuicio que había causado.

Fué sentenciado á cadena perpétua y exposición pública.